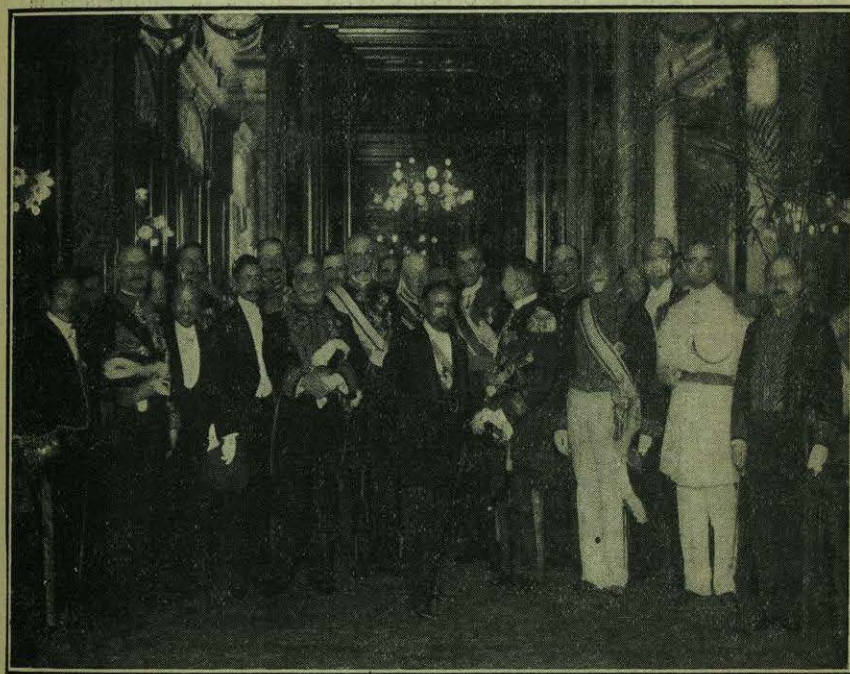


do en su vórtice: el dolor. Transcurre escasamente una hora. Y el ordenanza—él, partidario de Félix Díaz, también emocionado,—anuncia que aguardan en el salón la señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes. Un mes antes, el mismo ordenanza anunciaba, con distinta emoción, a la «Señora del Presidente de la República,» radiante de felicidad, que honraba, en amable visita, a sus señores, bajo las armas de Cuba. Hecha al gran papel, nacida para el destino de las cumbres, trajes, modales y gesto eran adecuados a la altura de su esposo y a la suprema dignidad presidencial. Una semana, y los señores corresponden a la ilustre dama la visita, y firme, recto, espera en el pescante, a las faldas del Castillo de Chapultepec, el ordenanza, orgulloso paje. En ese Castillo, forjó su imperio de utopías el flaco Maximiliano; recogió sus laureles don Benito Juárez; creó el Sultanato don Porfirio y ensayó la Democracia Madero. Las águilas de un tallado, recuerdan el orgullo de Carlota; y la vista de las colinas a Carmelita. Canta y seduce con sus trinos la hermana menor del señor Presidente, delgada como una pluma, y conversa con Madero el recio Embajador, arqueadas las cejas y encarnadas las mejillas del yanqui. La señora del Presidente, a un lado la del Ministro de Cuba, al otro la del Encargado de Negocios de Francia, reúne su corte de hadas que admira su delicado encanto, su dulce atractivo, y en aquella afable armonía de luces, himnos, perfumes y colores, ¿quién ha de sospechar que es la despedida a las puertas de la muerte? Abajo, uno a uno, se llevan los coches a la regocijada concurrencia; y al subir al suyo el Ministro de Cuba y su señora, saluda un personaje, a la izquierda del torvo centinela; don Gustavo Madero, próximo a perecer. Mutación del escenario, invento de Shakespeare.

La esposa regresa viuda, y en vez de la gracia «regia» lleva un manto negro y arrasados de lágrimas los ojos. No puede explicar lo que le pasa; y es tal su angustia, y tan extraordinario espanto de su alma, que habla y luego calla y se estremece. Nos mira y tiembla, con temblor de todo su cuerpo, y tan intenso que sacude los cristales y el mobiliario y los adornos de las paredes. Es el pesar que la levanta en un suspiro y la deja caer en un lamento; y llora entonces tierna, como ahogados en el llanto sus sentidos; y cubre con el húmedo pañuelo su rostro desenchajado; y solloza una queja, una orden, una súplica. «Quiero ver a mi marido, que me entreguen su cadáver; quiero llevarlo a su tierra de San Pedro, donde nadie lo traicionaba, y darle sepultura con mis propias manos y vivir sola, junto a su tumba. . . .» La señora del ministro le prodiga sus cuidados y procura apaciguar la excitación de sus nervios. «Inmensa es la desventura que la arrebató, señora; pero es también inmensa la resignación cristiana y eterna la misericordia del cielo.»

—Hemos ido a la Penitenciaría—exclama la señorita Mercedes entre gemidos—y la guardia nos prohibió la entrada. Enseguida acudimos a Blanquet, y penetramos a su despacho. ¡Oh, qué diferencia! Hace dos semanas ¡nos habría recibido de rodillas! No se atrevió a negarnos el permiso escrito; pero de vuelta en la Penitenciaría, la soldadesca arrebató el papel y nos rechaza. «¡Asesinos! ¡Traidores!» fué el grito que se escapó de mi garganta. . . . ¡Sí, asesinos, traidores, miserables! . . .

—Necesito ver el cadáver de mi marido,—interrumpe la viuda, caminando de un extremo a otro de la sala—contemplar su rostro; per-



Don Francisco I. Madero, acompañado del Cuerpo Diplomático acreditado ante su gobierno.

suadirme, así, de que es a él a quien «sus protegidos» han asesinado. . . . Yo quiero su cadáver, es mío, me pertenece, nadie puede osar disputármelo. . . .

Y en tono de súplica, anegada de nuevo en llanto, añade:

—Ministro, pídale usted ahora mismo, sin pérdida de tiempo. . . .

EL MINISTRO:—En estas circunstancias, en medio del incendio, la única influencia positiva la tiene el embajador. . . .

LA SRA. MADERO:—No, no. . . . del Embajador no quiero nada, no me nombre usted al embajador. . . . él es culpable, lo mismo que los otros. . . .

Al cabo, cede. Ella quiere ver a su marido; quiere verlo de todos modos!... «Bueno. Ministro, sí, el Embajador.... pero usted, no yo.... usted....»

Y esta es la carta que en el acto remitimos a Mr. Wilson:

«Legación de la República de Cuba.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido señor Embajador: La desdichada viuda del señor Madero se encuentra en la Legación de Cuba en los actuales tristísimos instantes; y me refiere que estuvo a solicitar del general Blanquet una orden para entrar en la Penitenciaría a ver el cadáver de su infortunado esposo; el general le dió la orden escrita pero en la Penitenciaría no la respetaron, le arrebataron de la mano el papel y tuvo que retirarse. La Sra. Madero quiere, de cualquier modo, que le entreguen el cadáver de su marido para ella darle cristiana sepultura; y yo le ruego a V. E., señor Embajador, en nombre de la piedad que la desventura y el dolor inmenso inspiran, y por la nobleza y generosidad del carácter de V. E., que interponga su influencia para que la señora Madero sea complacida. Sólo V. E. podría conseguirlo.

Lo saluda con su distinguida consideración, afectuosamente, S. S. y amigo.

M. MÁRQUEZ STERLING.

A su Excelencia al señor Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América.»

Jamás dejaron de ser cordiales y amistosas mis relaciones con Mr. Wilson, aunque, sin motivo, y no en México sino en la Habana, afirmara lo contrario la suspicacia reporteril. No es propio del resorte diplomático el romper lanzas a porfía, ni fácil, entre representantes extranjeros, el chocar; ministros de la Paz, ministros de la Civilización se unen, a través de la tormenta, para altos fines humanitarios. Por eso, el Cuerpo Diplomático sólo acuerda medidas de concordia, medidas previsoras que eviten catástrofes; y no impone votaciones por mayoría, ni se rige por otro designio que el unánime y fraternal, bajo el Código de la etiqueta severa y la impecable cortesía. Cada Ministro, independientemente, se conduce según las instrucciones de su Gobierno y en provecho de intereses nacionales que no preocupan a sus colegas.

Mr. Wilson, respondió en seguida a nuestra carta:

«Embajada de los Estados Unidos de América.—México, Febrero 23 de 1913.—Mi querido colega: Acabo de recibir su nota relativa a que las personas encargadas de custodiar el cuerpo del extinto Presidente, rehusaron que su viuda pasara a verlo. Casualmente, el señor de la Barra estaba en la Embajada cuando llegó su citada nota y atendiendo a mi súplica salió a ver personalmente al Presidente de la República, para

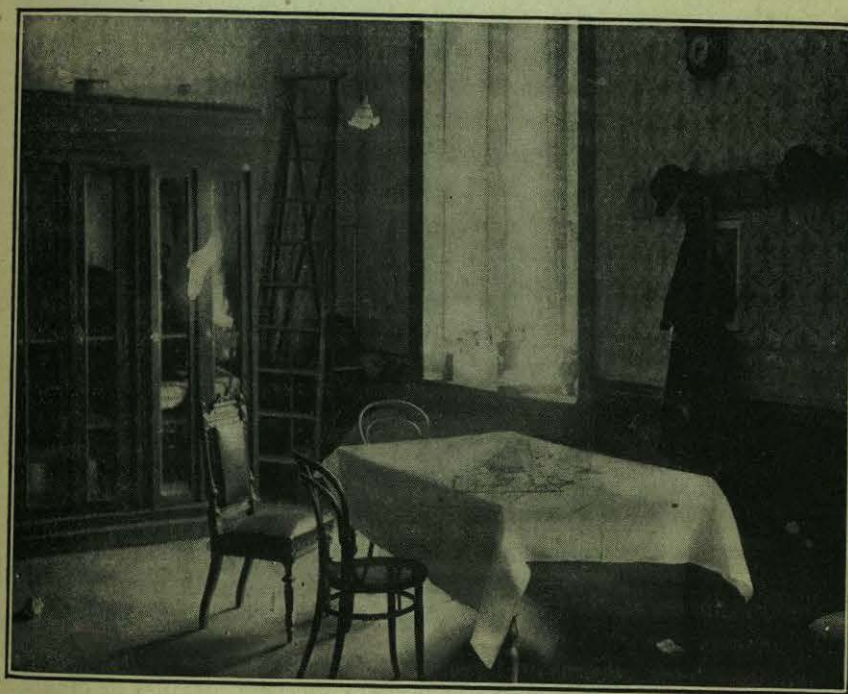
procurar no tan sólo orden necesaria sino para interponer su influencia con este fin.

Ruego a Su Excelencia me haga el favor de expresar a la señora Madero mi profunda simpatía y la de mi señora esposa, por ella y su familia, y decirle que en estos momentos difíciles deseo ayudarla en todo cuanto me sea posible, y que puede dirigirse a mí para todo cuanto guste.

Soy, mi querido señor Ministro, sinceramente suyo,

HENRY LANE WILSON.

A Su Excelencia el señor Manuel Márquez Sterling, ministro de Cuba.»



Departamento de la Intendencia del Palacio Nacional, en que D. Francisco I. Madero y D. José María Pino Suárez tomaron la última cena.

¿Sorprendió al equivocado embajador la muerte de Madero y Pino Suárez? ¿Sinceramente había confiado en la pérfida palabra del general Huerta? El señor de la Barra, ministro de Relaciones exteriores explica el trance: la imprudencia de fingidos conjurados, que pretenden rescatar a los prisioneros, disfraza el horror de la Ley Fuga. Y Mr. Wilson acepta la explicación. ¿Pueden volverse del revés los hechos consu-

mados; nos es dable embadurnar a capricho la fea cara de la ensangrentada realidad? El diplomático, a guisa de Mr. Wilson, ha de ser, ante todo, espíritu limpio de todo romanticismo, corazón helado, talento práctico, olfato experto en olores de conveniencia. El dictamen del yanqui era este: Madero preso. Huerta se desliza y dispone estotro: Madero muerto. ¿Hay derecho a increpar al filósofo en la persona del inmune embajador? Audacia la de Huerta, beber champaña a las ocho, en la embajada, en natalicio de Jorge Washington, y a las once hartarse de la sangre de Madero y Pino Suárez; mas, no perturba la coincidencia al diplomático, ni piensa con ingenio de poeta, que la sangre de Madero y Pino Suárez ha salpicado una fecha de Jorge Washington, riega el cuerpo yerto de Pino Suárez y el cadáver aún caliente de Madero..... Sin embargo, la figura de un completo embajador exige, en los entreatos, alguna pincelada generosa; Mr. Wilson reflexiona; y brinda a la viuda de Madero, la estrecha válvula del sentimiento. Pero, sus oficios no producen benéfico resultado; ni se conservan datos de la mediación del ministro de la Barra, atento a no provocar, en contra suya, la cólera del Dictador.

A las dos de la tarde, no obstante, podría visitar la viuda el cadáver de su marido, a condición de ir sola; y aunque se opuso a ello el hermano de la desgraciada señora, y no se efectuó la visita, el alcance de un periódico, pasados quince minutos de las dos, daba cuenta al país del suicidio de la viuda sobre el esposo muerto.

\* \*\*

Circuló el cable, por todas las cancillerías del mundo, una larga «nota» diplomática del señor de la Barra explicando, en forma de novela, el sensacional acontecimiento, novela concebida a los efectos de la exportación. En México, donde la Ley Fuga ha sido muchas veces aplicada y tiene su capítulo en la Historia, nadie admitió, partidario o enemigo del Gobierno, la fábula oficial. Unos jactábanse de la medida; otros, por decoro, osaban justificarla; corrían de labio en labio, del café al aristocrático salón, del club a la obscura sacristía, detalles de crueldad inverosímil; y tenían las gentes por cosa indiscutible que apuñaleadas las víctimas en Palacio, condujeron los verdugos en automóvil a la Penitenciaría los cadáveres mutilados. El testimonio del general Angeles, me permite asegurar que en este punto se equivocan.

\* \*\*

.....Aquella tarde instalaron las guardias, en la prisión, tres catres de campaña, con sus colchones, prenda engañosa de una larga permanencia en el lugar. Sabía ya Madero el martirio de Gustavo, y en silencio ahogaba su dolor. A las diez de la noche se acostaron los prisione-

ros: a la izquierda del centinela, Angeles; Pino Suárez, al frente; a la derecha Madero.

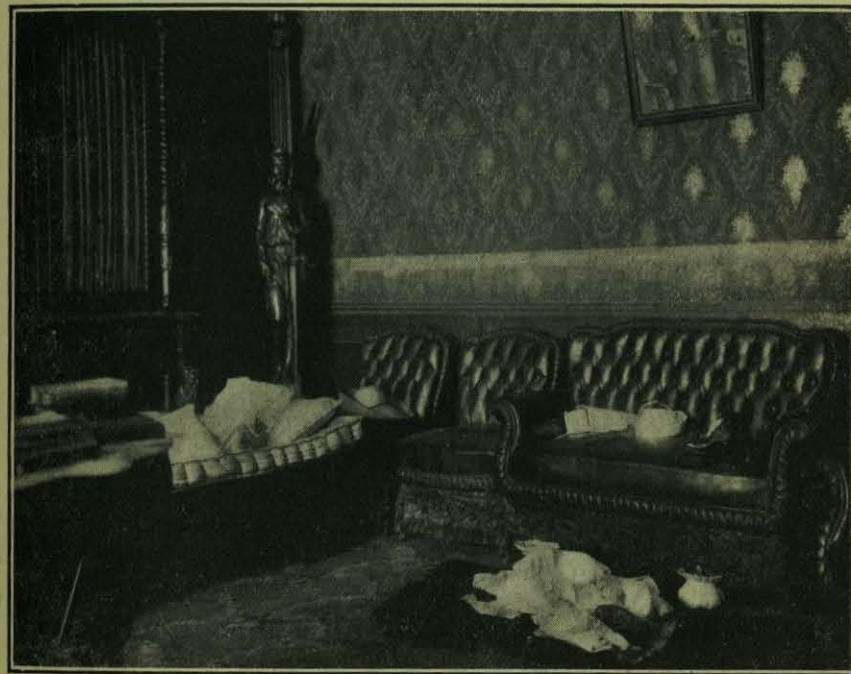
—«Don Pancho», refiere Angeles, se envolvió en la frazada, ocultando la cabeza. Apagáronse las luces. Y yo creo que lloraba por Gustavo.

Transcurrieron veinte minutos y de improviso iluminóse la habitación. Un oficial, llamado Chicarro, penetró seguido del mayor Cárdenas.

—Señores, levántense—dijo Chicarro.

Angeles alarmado, preguntó:

—Y esto ¿qué es? A dónde nos piensan llevar?



Aposento en que pasaron la última noche D. Francisco I. Madero y D. José María Pino Suárez. En la fotografía se advierten algunas ropas en desorden, pertenecientes a los prisioneros, y un catre de campaña citado en este relato.

Chicarro entregaría los presos a Cárdenas; y ambos esquivaron el contestar. Pero Angeles, insistió con tono imperativo de general a subalterno:

—Vamos, digan ustedes ¿qué es esto?

—Los llevaremos fuera.....—balbuceó Chicarro—A la Penitenciaría..... A ellos, a usted no, general.....

—Entonces ¿van a dormir allá?

Cárdenas movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y cómo no se ha ordenado antes que trasladar la ropa y las camas?

Los oficiales procuraban evadir las respuestas. Al fin, Cárdenas gruñó:

—Mandaremos a buscarlas después....

Pino Suárez, se vestía con ligereza. Madero, incorporándose violentamente, preguntó:

—¿Por qué no me avisaron antes?

—La frazada había revuelto los cabellos y la negra barba de don Pancho—añade Angeles—y su fisonomía me pareció alterada. Observé las huellas de sus lágrimas en el rostro. Pero, en el acto, recobró su habitual aspecto, resignado a la suerte que le toçara, insuperables el valor y la entereza de su alma. Pino Suárez pasó al cuarto de la guardia, donde los soldados le registraron a ver si portaba armas. Quiso regresar y el centinela se lo impidió: «Atrás ...» Don Pancho, sentado en su catre, cambió conmigo sus últimas palabras....

ANGELES (a los oficiales):—¿Voy yo también?

CÁRDENAS:—No, general; usted se queda aquí. Es la orden que tenemos.

El presidente abrazó a su fiel amigo.

Y cuando los dos apóstoles salían al patio del Palacio, Pino Suárez advirtió que no se había despedido de Angeles. Y desde lejos, agitando la mano sobre la indiferente soldadesca, gritó:

—Adiós, mi general....

Dos automóviles los llevaron por camino extraviado.

En la Penitenciaría —dice Angeles—algunos presos, de quienes a poco fuí compañero, escucharon doce o catorce balazos, disparados uno tras otro, poco a poco....

¡Quién presenció el espantoso crimen! ¡Quién puede referir, instante por instante, la inicua felonía!

Esta carta, que más tarde un desconocido entregó al portero de la Legación de Cuba, acaso contribuya a descubrir el secreto:

«A su Exlncia, el Sr. Ministro de Cuba como embajador de nuestro Gobierno en México.

Sr. Ministro:

Todo un pueblo rechasa indignado la mancha que se le quiere arrojar de asesino pues nunca como ahora ha dado pruebas de cordura y sibilización más para las naciones extranjeras conoscan como fué el asesinato del Sr. Presidente Madero y para que la historia no quede ignorante voy a consignar los siguientes datos del asesinato que ha sido el mismo Gobierno, pues bien el Sr. Madero fué sacado de Palacio y lle-

vado a la Escuela de Tiro y de allí fué arrastrado en compañía del señor Pino Suárez y enseguida pasados a balloneta y después se le isieron disparos para simular el atentado de asalto pasando todo esto tras de la Penitenciaría donde el público puede convencerse de los acontecimientos se desarrollaron pues la renuncia fué falsa pues digno era de un Presidente entregar el poder quien no se lo había entregado supuesto que el pueblo lo nombró el primer Magistrado de la Nación y en nombre de todos los hijos de México le suplicamos ponga toda su influencia para bien de todos los hijos del suelo mexicano.

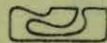
#### LOS HIJOS DE MÉXICO.»

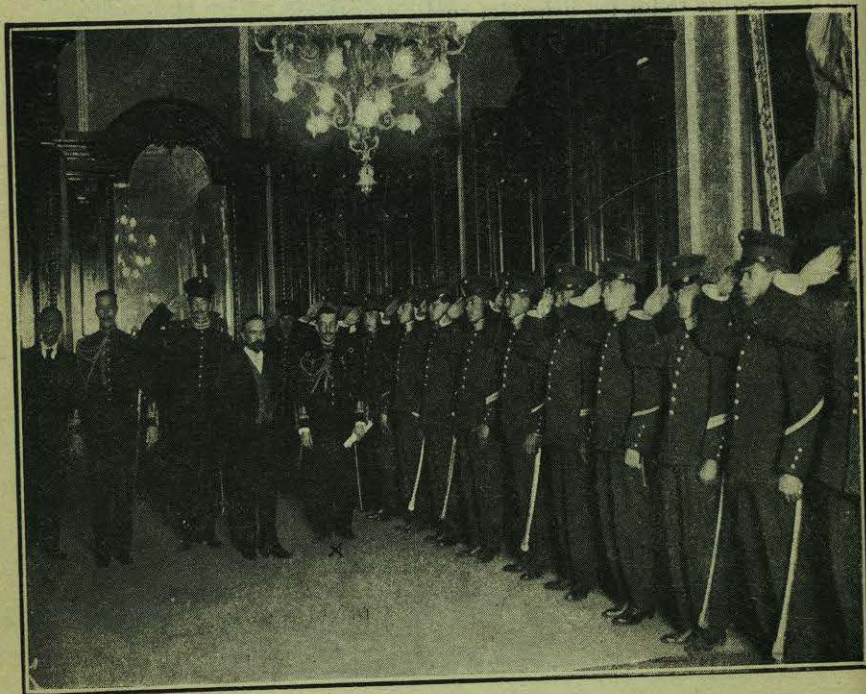
¿Presenció la matanza el autor de esas mal escritas líneas? ¿Es la palabra de un testigo que vió el crimen desde la sombra, un obrero, un gendarme, un vendedor ambulante, o es quizá uno de los soldados de Cárdenas que descarga su conciencia?

En el pueblo mexicano existe la errada creencia de que Madero no renunció a la Presidencia de la República y en esta sospecha se reafirma el autor del anónimo al ver arrastrados a Madero y Pino Suárez de la Escuela de Tiro a la Penitenciaría, que es, al cabo, la más lógica de todas las versiones. Pino Suárez, al decir de los que lograron observar su cadáver, estaba horriblemente desfigurado. La mortaja sólo dejaba descubierta la esclarecida frente de Madero. Y aquellos disparos, uno a uno, que contaron los presos de la Penitenciaría, ¿no son los que simulon el asalto a que alude el singular anónimo?

M. MÁRQUEZ STERLING,

Ex-ministro de Cuba en México.





Los alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes, ofreciendo sus servicios al Presidente Madero, para la campaña contra el oroquismo, poco tiempo antes de la sublevación de Febrero de 1913, en que dichos alumnos tomaron parte activa.

(X) Teniente Coronel Gárfias, del Estado Mayor Presidencial, uno de los iniciadores de la Revolución constitucionalista.

---

---

La Intervención de los Poderes Legislativo y Judicial, en los acontecimientos de Febrero de 1913.

---

---

